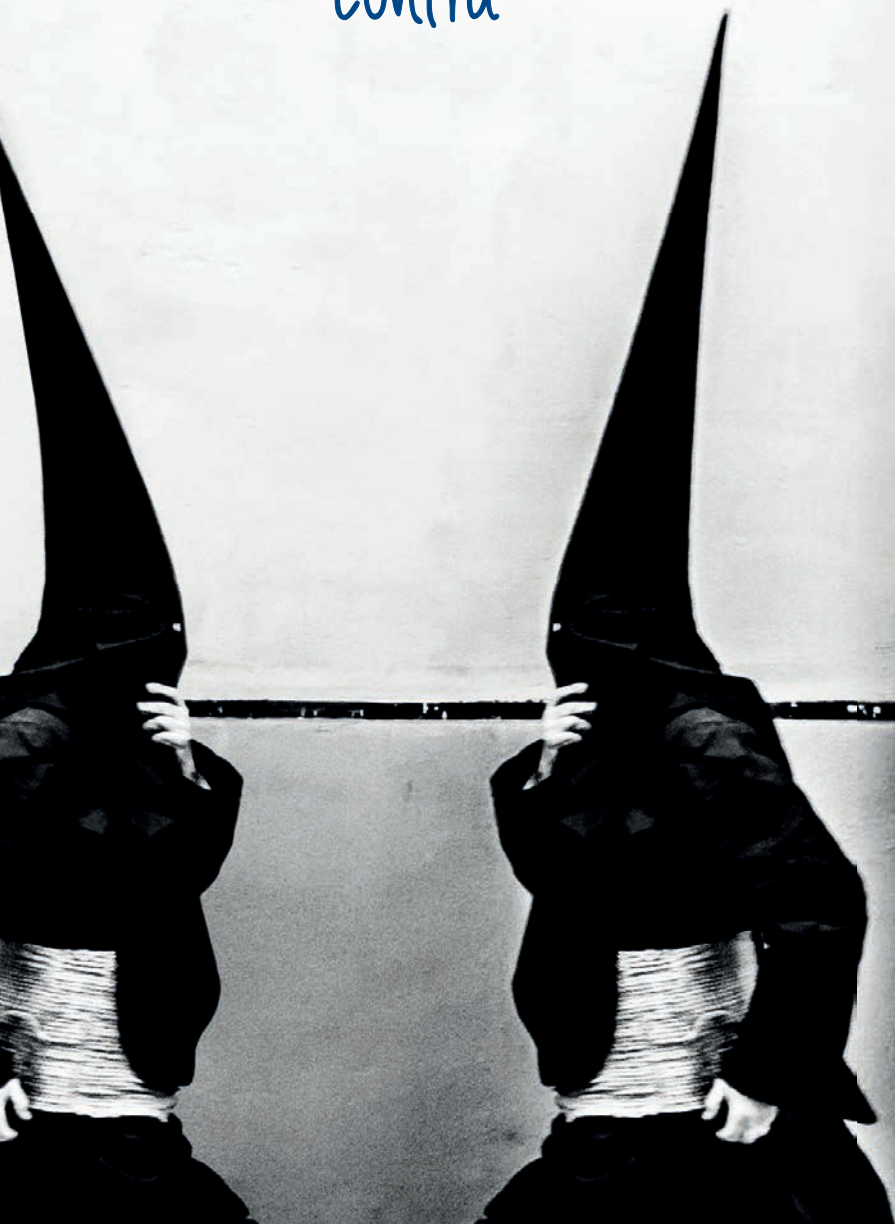


**Juan Bonilla**

Nadie ~~conoce~~ a nadie  
contra





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Juan Bonilla**

Nadie contra nadie

---

© Juan Bonilla, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2021  
ISBN: 978-84-322-3922-9  
Depósito legal: B. 13.143-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

---

# 1

Mi nombre es Simón Cárdenas. Soy licenciado en Filosofía y muy probablemente he malgastado tiempo y dinero en unos cursos de doctorado que apenas he conseguido prorrogar con la redacción de una tesis doctoral (estoy en fase de corrección, pero abandonemos toda esperanza porque llevo no sé cuántos meses en fase de corrección: soy incorregible).

Tengo la prosa lacia y la urgencia narrativa de quien tiene información preciosa y peligrosa almacenada en sus circuitos neuronales, así que sé que hago mal en distraerme dando información que acaso no les importa ni va a conseguir que el mundo sea un lugar mejor, pero déjenme decirles que después de encontrar el tema de mi tesis doctoral y ponerme en modo investigador —del latín *investigare*, o sea, seguir vestigios, o sea, una ruina— y luego alcanzar la cumbre en la que uno decide

---

dejar de investigar porque ha acopiado ya todos los materiales que piensa que debe utilizar y se sienta allí, en esa cima sin banderas, a redactar, gracias a una beca concedida por una fundación que no encontró mejor modo de dilapidar algo de su presupuesto, llega un momento en que se da cuenta de que el mundo no va a inquietarse lo más mínimo por sus elucubraciones y que él mismo, cuando llega la hora de traspasar a prosa concluyente las investigaciones en las que ha ido derrochando sus horas como si fuesen billetes de una moneda que perdió todo valor, se le desgastan un poco las ansias y solo va a rematar el trabajo por la pura inercia de decir que fue capaz de acabarlo, y por no devolver el importe de la beca, aunque sepa muy bien que el tratamiento de doctor en nuestros días no va a servir ni para que le perdonen deudas ni para que le rebajen el alquiler, y hasta resultará bastante pesado cuando salga el tema de la tesis en alguna conversación y se vea trastabillando en las charcas del narcisismo al explicar que bastante le costó encontrar el asunto, porque es persona indecisa, fácilmente manejable cuando se le enseña un camino, pero a la que hay que convencer para que se preste a andar: se está tan bien quieto, se corren tan pocos riesgos. Por cierto, para los quisquillosos que me digan ¿pero, cómo te van a dar una beca si esas becas solo se dan después de llenar medio millón de papeles en los que debe figurar el título de la investigación, de donde se deduce que tema

---

aún no tienes? Vale, vale, cazadores de fallos, es verdad, debo reconocerlo: para concurrir a esas ayudas tuve que simular que sabía ya el tema de mi tesis y redacté un resumen y un simulacro de índice, y gracias a los manejos magistrales del Dr. Molina el medio millón de papeles pasó la prueba y la Obra Social de la Fundación Cajasol, donde estaba el gran poeta Antonio Cárceles de mandamás, vertió sus generosas limosnas sobre mis dudas. Deben saber que el Dr. Molina hizo su tesis sobre «la Filosofía», así, con dos cojones, ni le ponía adjetivos, tanto le valía la occidental como la maorí, la esquimal como la budista. Así que él se las arregló para que, con el título de «Problemas de la filosofía en una realidad donde el concepto realidad no significa nada sin comillas», colara el proyecto de una tesis sobre la que no tenía tema. También driblamos el inconveniente de que esas generosas limosnas se ingresaran en una cuenta corriente donde había transferencias mensuales de otro trabajo: hablé con el director del *Diario*, Moliní, para ver si durante algún tiempo podían pagarme en negro mis colaboraciones y me dijo: claro, así podremos no pagarte siquiera si lo que entregas es malo. Molina mi director de tesis, Moliní el director del periódico. Ya iban avisándome esos apellidos de que terminaría cayendo en Alonso Quijano, aunque es demasiado pronto para hablar de eso.

¿A qué venía todo esto? Ah, sí, venía a que tengo que empezar reconociendo que si no me hubie-

---

ra pasado todo esto que voy a contar seguramente no habría encontrado el tema de mi tesis y que hasta estoy tentado de colocar el cuento como apéndice de la propia tesis, aunque pueda considerarse como una manera audaz o pecaminosa de engrosarla para que aparente más de lo que es, pero es lo que hay. Las reclamaciones pueden enviarse al director de la tesis, el doctor Antonio Molina Flores, único escritor de Sevilla con un despacho abierto al público, muy cerca de la Macarena.

Mi problema principal era que no conseguía dar con un asunto que me sedujera lo bastante como para hacer que me pusiera en marcha, para que me entregara al insatisfactorio deporte de enfangarse en bibliografía especializada y expandir la prosa para llenar el traje de académico. Al tema solo le pedía que no tuviera nada que ver aparentemente con la filosofía, convencido de que esta se las arreglaría para traer a su cercado cualquier cosa que le llevase. La filosofía come de todo: desde ropa hasta abstracciones sensoriales, desde espectáculos de masas hasta malentendidos emocionales como el amor. Mi director de tesis —ya sé, ya sé que es curioso haber tenido director de tesis cuando no se tenía aún ni tema sobre el que discutir, es una de las galanuras de la universidad española— es autor de un famoso prólogo puesto al *Libro Rojo* de Mao que consiguió que esa edición se agotara y se reimprimiera varias veces porque

---

los chinos que se han adueñado de tantos locales del centro histórico de la ciudad decidieron regalarlo a quien se gastase más de cinco euros en sus chucherías, así que si había alguien dotado para ayudarme a acercar a la filosofía un tema que no tuviera nada que ver con ella, aparentemente, era él. Es un misterio cómo Molina consiguió convencer al jefe de los chinos, si es que los empresarios chinos tienen un solo jefe, pero ese logro era más que suficiente para confiar en su capacidad de convicción, y, por lo tanto, aunque su obra como filósofo, si existe, debe de estar sumergida en algún cajón de su escritorio, que es en sí mismo una pieza de arte porque su padre era un carpintero extraordinario, para mí era el único filósofo que merecía ese nombre entre los profesores de la facultad.

Molina estaba de acuerdo conmigo en lo de encontrar un tema que aparentemente no fuera filosófico porque era de los convencidos de que se puede y se debe aplicar la filosofía, como una plancha, a casi cualquier material, da igual su procedencia —la sociología, la literatura, el deporte, la medicina— porque, de lo contrario, la filosofía es un gueto donde pasa tanta hambre que acaba devorándose a sí misma: de ahí que la filosofía se haya expandido de manera tan natural a campos donde no hacía falta alguna que asomase su hocico, como el arte, por culpa de lo cual se va tantas veces a exposiciones donde el artista se ha pro-



---

puesto, en vez de encantarnos, de ofrecernos el misterio de la belleza o la celebración no burocrática de existir, obligarnos a que nos cuestionemos Dios sabe qué cosas que no le importan a nadie como cuánto pesan los edificios o cuántas rotondas hay en España, para denunciar alguna cosa concreta que al ofrecerse en abstracto satisface a las dos partes: al artista, que expone sus ocurrencias, y al museo, que no corre el menor peligro de infectar de belleza las meninges de ningún despistado. Si de lo dicho entienden que detesto el arte conceptual —ese oxímoron— vamos bien porque eso es lo que quería expresar. Todos estaremos de acuerdo en que Filosofía de la Ciencia tiene un pase, pero, en serio, ¿filosofía del deporte?, ¿filosofía de la gastronomía? Ni filosofía del arte siquiera. No veo filosofía alguna en los pintores que me gustan: en eso soy eficientemente anticuado, creo que la pintura es principalmente decoración, y que la decoración es un arte mayor, esencial, indispensable para el alma, pero no filosófico.

Así que primero pensamos en abordar la filosofía en la obra de algún poeta que me entusiasmará, pero los poetas que me entusiasman son filósofos todos, más filósofos que los filósofos, y por otro lado están más trabajados que el campo de mi abuelo. Whitman, Pessoa, Antonio Machado. Hace falta una confianza musculosa en las posibilidades de uno para tomarlos como tema de una tesis doctoral, y la confianza en mis posibilidades nunca ha

---

sido una de mis virtudes. ¿Un arquitecto entonces? ¿Tienen los arquitectos filosofía? ¿Un cocinero? ¿Un caudillo? ¿Un entrenador de fútbol? Después de darle unas cuantas vueltas no quedamos en nada, o por mejor decirlo quedamos en despachar una vez a la semana, pero cada vez que despachábamos terminábamos hablando de poetas, arquitectos, cocineros y caudillos sin que consiguiéramos elegir a uno al que estudiar en una tesis. Hasta que sucedió lo que motiva este testimonio, que si me trajo amarguras también me cedió en la misma secuencia de golpes la convicción de que había encontrado un buen tema para escribir mi tesis doctoral. Ya llegaremos a eso.

Por entonces yo me ganaba la vida haciendo crucigramas para el *Diario de Sevilla*, cosa que por cierto sigo haciendo porque no interfiere con el cobro de la beca, aunque el día menos pensado lo dejo y empiezo a hacer méritos para tratar de labrarme de verdad una carrera académica. Veo cómo viven los profesores titulares de mi facultad, dando seis horas de clase a la semana y no faltando a casi ningún simposio organizado en esbeltas ciudades alemanas o recónditas aldeas galesas, y me digo: eso es lo que yo quiero ser de mayor. Sin responsabilidad alguna, además. Porque se entiende que un profesor de Medicina o Arquitectura pueda cargar en su conciencia, y por lo tanto en su sueldo, la mera posibilidad de que uno de sus alumnos aprobados haga un edificio que se vaya al suelo o

---

diagnostique como cefalea un tumor en el cerebro, pero ¿un profesor de Filosofía?, ¿qué responsabilidad va a tener por mantener en su pedestal a un espanto como Platón, del que nadie se acuerda que decía que por la perfección de sus formas era fácil intuir que el hombre nació antes que la mujer, que los hombres menos favorecidos se convirtieron en mujeres, y las menos favorecidas de entre estas se transformaron en peces? Dejemos eso. Siempre que sale Platón en una conversación prefiero cambiar de tema, no solo porque matara a Sócrates para convertirlo en un personaje, sino también porque inventó la filosofía profesional, el sueldito mensual para los profesores de filosofía, esa mafia a la que quiero pertenecer, sin responsabilidad alguna en el devenir social, pero con su tribunita mal aparcada en las páginas de opinión de los periódicos y sus conferencias de vez en cuando sobre cosas que tanto nos interesan a todos como la influencia de Heidegger en el pensamiento de la posmodernidad.

Un crucigrama al día es mi velocidad de crucero. Está mal que yo lo diga, pero es casi lo mejor del periódico: hay gente que lo compra solo para ver si resuelve el crucigrama. Los de los domingos son, yo creo, excepcionales, pero, claro, qué voy a decir yo. Ahora ya no sé, pero cuando empecé mis crucigramas eran tan buenos que decidieron desplazarlos de la página de pasatiempos a la sección de Cultura. Porque mis crucigramas están llenos

---

de adivinanzas literarias: «Es pequeño, peludo, suave...» (Respuesta: Fernando Arrabal). «Ginebra con la que arde el mar» (Respuesta: Gimferrer). «Rey Midas que todo lo que toca lo convierte en moro» (Respuesta: Juan Goytisolo). «Le quitas la n final y se le va todo el fuego» (Respuesta: Dragó). «Tipo de novela que tiene más personajes que lectores» (Respuesta: novela coral). Y en ese plan. De una sentada puedo hacerme tres o cuatro crucigramas, porque los de los días laborables no son piezas dignas de ser recopiladas en un tomo, así que dedico dos mañanas a elaborar los crucigramas de toda la semana, salvo el de los domingos, que lo voy diseñando pacientemente. Entrego martes y viernes. El resto del tiempo lo dedico a leer y a tomar apuntes para mi tesis y redactarla y dejarme ver por la facultad (hacer pasillos se llama esa figura que, no sé si lo saben, en la universidad española, dada la costumbre de sacar plazas con nombres propios ya asignados a ellas, vale más que publicar artículos científicos en revistas de prestigio). Los viernes noche me convidó a mí mismo a ir a La Carbonería, no porque allí den buen flamenco, como parece que sí ocurría en los sesenta, cuando aquello era a la vez un antro de flamenco puro en el que cantaban porque sí, y no porque un señorito quisiese pagarse una fiesta, cantadores de mucho renombre y un nido de anarquistas que elaboraban en sus laberínticas ensoñaciones un futuro sin poderes fácticos, angelitos míos. Voy a

---

La Carbonería porque el flamenco light que dan ahora atrae a manadas de extranjeros, y en esas manadas, de vez en cuando, una pieza suelta, de cabellera rubia, ojos claros, o pelo negro y ojos asiáticos, queda encerrada en la mira telescópica de mi escopeta de cazar hembras. Mi puntería es patética, no voy a engañarme, pero de vez en cuando, vete a saber si por mera suerte o porque la pieza que quiero cobrar es tan grande que se sale de mi mira telescópica, doy en el blanco. En realidad, esto es una exageración patética: si hago cuentas nunca he cazado a nadie, más bien daba la casualidad de que el que estaba en una mira telescópica era yo y me dejaba cazar complacido. Me encanta Sevilla, no sé si lo he dicho ya, no viviría en ninguna otra ciudad del mundo. Tanto me gusta que hasta paso los agostos aquí, cuando caen cuarenta y tantos grados del cielo y cuesta abrirse paso caminando en el aire condensado y solo hay japoneses en la calle buscando termómetros que indiquen 47 o 48 grados para fotografiarse con ellos y poder decir que practican deporte de riesgo.

No estaría aquí, contando nada, si no fuera porque un viernes de hace ya bastante como para que no se me hayan desdibujado demasiados detalles, de donde seguramente tenga que inventármelos acudiendo al martirio de recrear situaciones y palabras dichas en diálogos que no pueden corresponderse con las que en verdad se pronunciaron o sucedieron, justo cuando me estaba afeitando para

---

ir al periódico a entregar la carga de crucigramas correspondiente, sonó el teléfono de mi apartamento. Pensé que me llamaban de la redacción para meterme prisa —las páginas fijas son las primeras que se cierran—. Después de que el pitido del contestador automático echase a andar la grabadora, oí una voz de mujer, distorsionada por algún tipo de aparato o por un buen trago de helio, que decía: «Este es un mensaje para Simón Cárdenas. En el crucigrama que saldrá publicado este domingo, la respuesta para 6 horizontal será ARLEQUINES. Sabemos dónde vive, avenida de Cádiz, 21, 3.º, sabemos dónde vive su madre, Pago de la Serrana, 13, Jerez, sabemos la fecha de cumpleaños de su sobrinito Joaquín, 11 de septiembre. No es ninguna broma. 6 horizontal. Arlequines. Próximo domingo 16. No informe de esta llamada a nadie». Mientras sonaba la voz distorsionada de la mujer corrí al salón, donde está el teléfono, pero fui incapaz de descolgar para interrumpir un discurso que parecía estar leyendo o recitando de memoria. Ni el menor titubeo. Pero fui incapaz de descolgar, medio hipnotizado por la voz y por el discurso.

No sé en qué pensé primero, si en quién podía estar detrás de aquella broma o en cómo me dificultaba la vida tener que hacer de repente, para el domingo, un crucigrama en el que cupiera la palabra *Arlequines*. Pensé seguro en que, conociéndome, dada mi cobardía, iba a tener que renunciar a

---

la noche flamenca de La Carbonería. Por raro que parezca eso es lo que más me molestó al oír el mensaje. La llegada de la primavera, como a todos, me había revuelto el alma, me había inyectado unas ganas insoportables de buscar mi alma en el cuerpo de cualquier extranjera joven. Sea como fuere, sí que recuerdo que casi de inmediato se me ocurrió la pregunta de la que la palabra *Arlequines* sería respuesta. «Nabokov nos exhortó a que los mirásemos desde el título de su última novela.» Supongo que eso significa que, aunque considerase como muy probable que la llamada no tuviese más finalidad que la de tomarme el pelo, y aunque el principal sospechoso fuese desde el primer minuto mi compañero de piso, dejé un resquicio por el que se colaba la posibilidad de que unos terroristas me quisieran utilizar para enviar un mensaje a alguien. Sabía que en el París de la Segunda Guerra Mundial los miembros de la resistencia se mandaban mensajes mediante los crucigramas de los periódicos hasta que los nazis decidieron prohibir la publicación de crucigramas. Sapo, mi compañero de piso, también lo sabía porque habíamos hablado de ello. Quizá lo vimos juntos en un documental de la televisión. También me resultaba fácil imaginar a la propietaria de la voz que había dejado el mensaje, pues Sapo se ganaba la vida dando clases particulares de inglés a los que no saben inglés o de español a los que sí saben inglés y vienen de visita a la ciudad y se quedan prenda-

---

dos de ella y deciden instalarse y tenía unas cuantas alumnas donde poder elegir: a algunas de ellas las cazaba también en La Carbonería, aunque la mayor parte procedía de las facultades que reclutan centenares de estudiantes extranjeros que ante la tesitura de tener que elegir destino ya me dirás qué van a elegir si Sevilla está entre las candidatas. Sevilla es un destino adorado por los estudiantes de toda Europa y el inglés es la asignatura pendiente de todos los universitarios andaluces que, inverosímilmente, quieren irse de Sevilla para probar suerte en Londres, Birmingham, Calcuta o alguna pequeña ciudad del Medio Oeste americano. Nada le habría resultado más sencillo a Sapo que convencer a alguna de ellas de que colaborase en la tomadura de pelo.

En el periódico, el clima frenético del viernes por la tarde. Entregué al redactor de Cultura solo un crucigrama: el que saldría al día siguiente, sábado. Los otros me los guardé. Le dije que había estado liado con un asunto de la facultad y que entregaría la tanda que esperaban a la mañana siguiente. Me dijo, sin darle la menor importancia, que él libraba, que se lo entregara a quien estuviese por allí. Pensé entonces que a lo mejor la broma procedía del propio periódico, que quizá alguien me había querido tomar el pelo o ponerme a prueba, no sé con qué intención. Pero ¿quién sabía allí, donde no tenía amigos, solo saludados y algún que otro redactor que me criticaba por pedante e insu-



---

frible (índice obvio de que era incapaz de completar ninguno de mis crucigramas), la dirección de la casa de mi madre? Nadie, al menos que yo supiera. Lo mejor sería no darle demasiada importancia al asunto: si era una broma, bienvenida. Si no lo era, ¿para qué comerse la cabeza tratando de imaginar qué farmacia de guardia, qué banco, qué par de amantes en un hotel de una noche iban a ser víctimas de la orden que se había tramitado mediante mi crucigrama? Bastaba abrir las páginas del periódico para encontrar diez, quince noticias que, bajo el disfraz del hecho consumado o la casualidad, podrían haberse producido porque uno de los protagonistas involucrados en ellas había recibido una orden que había de ser ejecutada. Que yo fuera el instrumento de esa orden no significaba que tuviera que ver con el suceso en cuestión, así fuera el atraco a una farmacia de guardia situada en la calle de los Arlequines, o la quema de los cajeros automáticos de una sucursal bancaria sita en la plaza de los Arlequines, o la fotografía que descubrirá que el señor casado X se encuentra con su amante en el hotel Arlequines. ¿O sí? No, qué va, me dije, cogiendo un ejemplar del periódico del día y llevándomelo, como solía hacer siempre que iba a la redacción. El tema de portada —amenazas de huelga policial ante la negativa del Ayuntamiento de revisar los sueldos de los policías— no me llamaba apenas la atención. El de la contra —una entrevista con el columnista y poeta

---

Perramón, que el viernes tendría que leer en el teatro Lope de Vega el pregón de la Semana Santa— tampoco. Perramón es una de esas figuras que ha patentado el periodismo de la ciudad: de lirismo agotador mezclado con una especie de popularismo elitista, si es que eso puede caber en mente humana medianamente bien formada. Por popularismo elitista entiendo el que dice qué sabio es el pueblo mientras disfruta de una pelea de navajeros fumándose un puro caro en un balcón, el que dice qué maravilla de romería después de haberse ensuciado las botas un poco en el polvo del camino para volver al hotel de cinco estrellas donde se aloja y donde lo primero que ha hecho es darle las botas al criado para que se las lustre de nuevo. Por popularismo elitista entiendo a la duquesa de Alba.

Me fui a casa a componer el crucigrama de los Arlequines, esperando que allí estuviese Sapo para carcajearse de mí por haberme creído de verdad que alguien me consideraba lo suficientemente importante como para utilizarme en algún asunto siniestro.